

Libros

Año I. Número 11

Madrid, jueves 17 de mayo de 1990

Entrevista

Rosa Chacel

Cumplirá 92 años el próximo tres de junio, pero su gran vitalidad no se ha reducido ni un ápice. Rosa Chacel sigue construyendo historias. La última es una novela que ha comenzado hace tres meses.



(Página 5) Rosa Chacel

Ensayo

Sobre un poema inédito de J. A. Goytisolo

Jordi Virallonga interpreta un poema inédito de José Agustín Goytisolo, «Julio Cortázar en el observatorio», elaborado por el escritor catalán el verano pasado y que incluimos en esta edición.



(Página 4) José Agustín Goytisolo

4 / EL INDEPENDIENTE

LIBROS

Madrid, jueves 17 de mayo de 1990

ENSAYO

José Agustín Goytisolo, poeta perteneciente a la generación del 50, llega a estas páginas con un poema inédito titulado «Julio Cortázar en el observatorio» al que acompaña un estudio de Jordi Virallonga. Este analiza la poética del escritor barcelonés, que ha mantenido su voz en

registros variables que abarcan el amor, la historia, la cultura y los recuerdos, conformando su universo poético entre la sátira y la elegía, transitando sus versos por el desencanto y la lírica de los hechos cotidianos, ofreciendo palabras para Julia y los lobitos buenos.

J. A. Goytisolo observa con los ojos de otros ojos de Jai Singh

JORDI VIRALLONGA

A principios de febrero de 1984, José Agustín Goytisolo emprende su quinto viaje a Cuba para formar parte del jurado del premio de poesía Casa de las Américas, que aquel año ganó Reina María Rodríguez con «Para un cordero blanco». De vuelta a España, pasó por otros países de América Latina, entre ellos la República Dominicana, y dejó este poema en un buzón con la siguiente nota al pie: «Escribí este poema cuando, el pasado verano, Julio Cortázar me dijo que se moría de leucemia. Entonces yo le mandé el poema, para que no se muriera (y está vivo).»

Recuerdo que estuve comiendo con José Agustín a la mañana siguiente de su vuelta a Barcelona; me hablaba de la hermosura de Reina María, y me decía que él había participado en una mesa redonda sobre su «degeneración del 50». Yo sabía que Cortázar había muerto hacía pocos días en París pero no le hablé a Toté de ello, aun creyendo que él también lo sabía, porque entristece súbitamente y los amigos le navegan por el aire, como cumpliendo un rito cósmico. A José Agustín se le muere la gente de cerca y es muy posible que no se haya muerto, pues puede darse que no quiera creerlo, que no quiera enterarse o que realmente no se entere, como cuando le sacaron un cadáver por encima de su cabeza mientras él dormía en el asiento del pasillo del avión que le llevaba de regreso a no importa donde, pues, como los cronopios, «se van más vuelven pronto, duran toda la vida». Ahora estoy seguro de que envió este poema sin conocer su muerte —debía estar visitando ingenios o triscando montes con los indios peruanos— pues recuerdo también que cuando lo supo, estuvo una tarde entera sin hablar, y se encontraba «triste y solo igual que un perro viejo», mucho más mendigo que rey, como jardín sin yerba. Alguien se lo dijo, no recuerdo, quizá Cristina Peri, bastante tiempo después. Este «loco furioso increíble» hace esas cosas inesperadas con sus amigos y amigas, les recita un poema por teléfono, te cuenta la otra historia de la vida, se presenta en tu casa con un sombrero y te dice sin respeto que son tres aun con las que saques, o con un costurero horrible en forma de corazón para que nunca le olvides —una cosa así nunca se olvida—; te lleva de viaje, y uno se alegra de que ni siquiera le haya pedido permiso, o te escribe un poema

para que no te murieras, así, por amor.

«Julio Cortázar en el observatorio» fue escrito en agosto de 1983. Cuando el poeta estaba terminando el elegiaco «Final de un adiós». Se trata de unos versos difíciles de encasillar en ningún libro de Goytisolo, pues todo en él lleva sólo a Cortázar y a la cosmovisión del —iba a decir particular— universo. Efectivamente, el barcelonés recoge la invitación de «62, modelo para armar», a fin de crear o inventar «orificios en la red» de elementos vivos, humanos, de ciudades, que teje el argentino nacido en Bruselas y, finalmente, francés, para adentrarse en otro mundo, para volver a constatar que uno posee más cosas de las que conoce conscientemente.

Los nombres propios nos llevan a nociones que traen secuencias intemporales a través de tres viajes distintos que concurren en un único itinerario cortazariano. Un viaje de huellas dejadas a través de calles que son ciudades: la parisina «Rue du Dragon»; la Vuelta de Roche», siguiendo el recodo del riachuelo que desemboca en el Río de la Plata y delimita el sur de Buenos Aires; Londres, donde habitaba Cernuda, «El cantor de sombras» y la «Schulerstrasse» berlinesa. Simultáneamente llega el segundo, es un viaje cósmico —astronómica

y astrológicamente hablando— en el que Cortázar pasa de un tiempo a otro, habitado por la misma mirada de «Jai Singh II», quien vio pasar dos siglos antes, desde el observatorio que levantó en «Jaipur», ese mismo «astro que traza exactamente su ruta en las tinieblas». Cortázar había escrito que una ley fuera de las

leyes clasificadas decidía lo más inmediato. Por ello creía en el instinto que iba más allá de la inteligencia. El instinto es, dice, «la vía mágica, la noche oscura del alma». En este sentido cabe decir que se traza aquí el ámbito que recoge en sí todos los viajes, aquel que inicia «la noche pelirroja» y cierra «la noche del mundo»;

Julio Cortázar en el observatorio

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

La noche pelirroja te ve andar en esa hora —orificio en la red— fuera de todo tiempo y cara al aire por la Rue du Dragon, por la Vuelta de Rocha, por la Rampa King's Road, o Schulerstrasse sin aceptarte cotidiano pues para ti la realidad es una pregunta que asciende la escalera de Jaipur y observa en el espacio como el sultán Jai Singh desde su torre altísima pelear por lo inmediato a ese astro que traza exactamente su ruta en las tinieblas; tu realidad es seguir la cinta negra hirviendo de millones de anguilas que abandonan el Mar de los Sargazos flotando entre dos aguas y que después de viajar treinta y seis meses asaltan los estuarios los ríos y torrentes de la costa europea se vuelven amarillas —más tarde igual que plata— antes de regresar al punto de partida —dieciocho años pasados desde que empezó todo— y desovan allí para luego morir. Retorno dialéctico del astro y de la anguila, cumpliendo un rito cósmico.

Nada es más material que una imagen que no se ata a la vispera que busca más allá para entender mejor y andar como tú lo haces en la noche del mundo luchando a cada instante como el pez o la estrella por lo más inmediato rozando otro perfil del hombre para luego saltar sobre la Historia entrar en esa danza jubilosa que es la realidad y que es el sueño.

sin duda noche conceptualmente vecina a aquella por la que se pregunta Goytisolo en «Bugarvillas, reparaciones y humo».

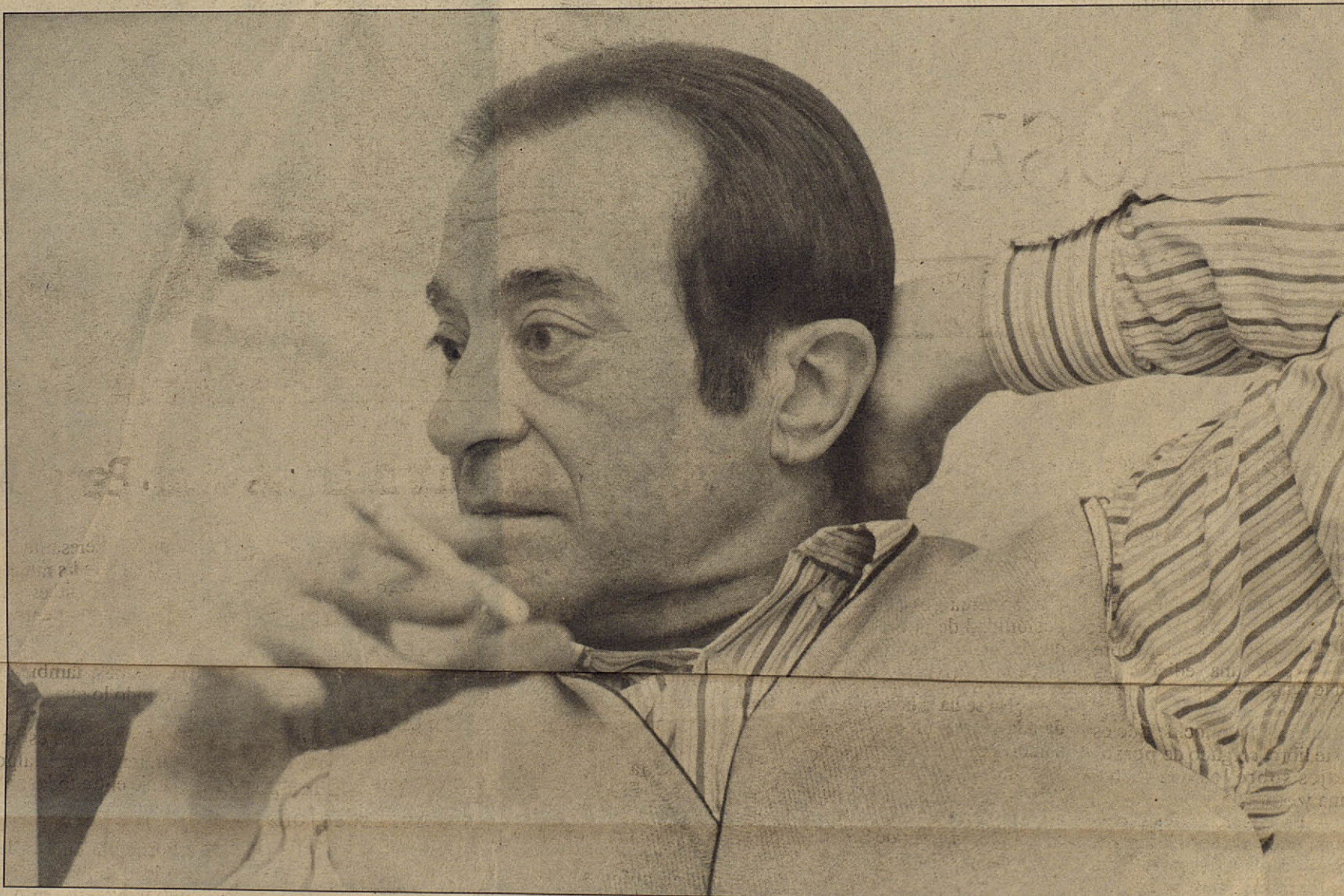
Por último, la realidad es no sólo la pregunta que «asciende la escalera de Jaipur», sino también, recogidas ambas en «Prosa del observatorio», «seguir la cinta negra hirviendo de millones de anguilas/que abandonan el Mar de los Sargazos» —el Caribe— «flotando entre dos aguas» —América y Europa— «y que después de viajar treinta y seis meses asaltan... la costa europea... antes de regresar/al punto de partida». Aunque inverosímil —entiéndase dentro de su

texto

literario—, es cierto. Las anguilas se reúnen en dicho mar, desovan, y sus larvas atraviesan el Atlántico para convertirse en angulas ante las costas de la cornisa cantábrica, en las rías vascas, de donde proceden ambos; Goytisolo por vía paterna y Cortázar, nieto de vascos, quien, extrañamente, nunca visitó este país en ninguno de sus viajes a la Península. Las anguilas, siguiendo el mismo «rito cósmico» de los astros, regresan «al punto de partida» pero no dieciocho años después, sino, y ahora enlazamos con el primer entreguionado, «dieciocho años pasados desde que empezó todo»,

es decir, el año 1966, «El último año de la revolución triunfante», como lo llamara Carpentier, cuando debieron conocerse ambos en Cuba y se iniciaba el proceso de microfracción en la isla que, con el «escándalo Padilla», evidenciaría una grave crisis en la intelectualidad de izquierda latinoamericana. Ambos permanecieron al lado de la revolución cubana y, en cualquier caso, buscando «más allá para entender mejor... /luchando a cada instante como el pez o la estrella», para demostrar desde la Historia que la vida inmediata se perfila en la fantástica y onírica realidad de lo aprehendido; porque, lo dice en el prólogo de «El rey mendigo», la paradójica y emocionante condición del hombre viene dada cuando Historia, vida y literatura se confunden en su sensibilidad.

Así pues, un viaje real, un viaje fantástico y un viaje al parecer inverosímil, por tierra, aire y mar; lugares, pero, contenidos por un único espacio que trasciende el hecho literario con la complicidad y la sabiduría del viaje intemporal del lector: el autonauta Goytisolo, construyendo el libro que ha elegido leer: Cortázar, «fuera de todo tiempo sin aceptarse cotidiano», retornándolo a la vida «que es la realidad y que es el sueño».



José Agustín Goytisolo

ANNA MIRALLÉS